

SIETE FOTOGRAFÍAS DE GERARDO PIÑA-ROSALES

MANUEL GARRIDO PALACIOS¹

Antes de rodar escribo el guion y luego pongo las imágenes. En este caso, las imágenes de Gerardo Piña-Rosales van antes porque son ellas las que me dicen por dónde he de llevar la palabra. Me veo en la sala de montaje mientras pasan por la pantalla de la moviola historias, aparentemente quietas y mudas, captadas por Gerardo en las aventuras creativas que aborda desde que la fotografía se le cruza en el camino cuando su padre le regala, al cumplir los 15, una cámara Voigtländer con la que se asoma al mundo desde dentro del mundo. Veamos 5 secuencias del guion:

Secuencia 1 - Vendedora de panecillos de maíz

Dulzura ofrezco, dulzura doy, dulzura se lleva quien pasa. Hacer esto me viene de mi madre y a ella de la suya, posiblemente, todo posiblemente, hasta puede que la dulzura venga de más atrás, donde ya me pierdo en la propia dulzura. Quiero inundar la calle de dulzura,

¹ Escritor y realizador, miembro de la ANLE. A partir de su formación en dirección cinematográfica ha dedicado su actividad a la de guionista y director de televisión (“NHK” de Japón, “WDR” de Alemania, “TVE” de España). Sus series televisivas llevan la marca de la tradición popular: “Raíces”, “Todos los juegos”, “La duna móvil”, “El bosque sagrado”, “La Primavera en Doñana”, “Rasgos”, entre otras, y se han visto reconocidas con diferentes premios nacionales e internacionales. Es autor de una amplia y variada producción literaria. <http://manuelgarridopalacios.blogspot.com/>



el mundo, la vida, a ver si tanto amargor amaina y de viento destructor pasa a brisa. Es mi deseo, mi oficio, mi quehacer, mi sueño. Pero todo sigue igual al final del día, cuando la dulzura que llevo en la cesta de panecillos de maíz se agote. Quien pasa y se lleva uno va con lo justo de dulzura para llegar a la esquina. Después, lo de siempre. Lo dulce y lo amargo conviven, o se intenta. Lo normal es gastar la porción y seguir camino, como cuando tu madre, como cuando tu abuela. Esto no cambia. Nunca sabe la cola del mundo qué trama la cabeza.

Secuencia 2 - Un cura zamorano

La magia de la fotografía deja ver el pensamiento, voz interior que sólo uno escucha. La figura va amasando asuntos junto al muro en sus canalillos mentales para volver sin amasar, sin concluir nada, igual que ayer, para ‘lo mismo responder mañana’. Por ejemplo: qué clave usar para un arreglillo del mundo o, que el muro pide un baldeo para que no sea tan seco el ‘camino que se hace al andar’. Ese diálogo consigo es un instante de supervivencia en el eterno discurso con Dios, dice Rulfo, donde se retiene lo que trae vocación de resbalar



por la rampa fatal del olvido. El gesto encaja con el verbo que debate estos líos en la sesera. La mano derecha de la figura, asida al bastón, da ritmo al paso decisivo de la pierna izquierda, a la voluntad de pedir cuentas de lo que no entiende, como efigie de Tebas trasplantada, sabiendo, como dice *El retorno de los brujos*, que 'hay otros mundos, pero están en este'. A su derecha, el muro compacto le obliga a seguir en dirección única, aunque el asombro en la mirada declare que ignora para qué vino a estar en mitad del misterio de la existencia con tantos laberintos, o por qué se aposta en medio de la calle un señor llamado Gerardo para dar rango de documento fotográfico a un cura. Y brota de las miradas la misma pregunta sin respuesta, aunque desde un lado tenga tono inquisitivo de cura zamorano, y de otro, curiosidad de fotógrafo universal. Ahí se inicia la lucha de la luz y de las sombras, el lubricán de los diálogos íntimos, mientras cada cual camine luego, con o sin bastón, con a sin cámara, por ese 'algo' entre dos nada al que llamamos vida.

Secuencia 3 - A enemigo que huye, puente de plata

La acción que pudo dar pie a la imagen se produjo hace muchos años, o más, tantos, que el protagonista ya no vive en la ciudad ni en ningún sitio: no vive. Pero un día de su existencia quiso hacer algo, entrar en una casa por el balcón, que pudo ser la de su nacimiento, a remover nostalgia, a decir lo que nunca dijo a los ausentes, a buscar el diario olvidado en un cajón con huellas de huida o a nada, porque cuando se hacen cosas tan en silencio, es a nada, aunque haya motivo, que, al no saberlo, queda en nada. La intención se fue y dejó un trozo de aire con forma humana agarrada a un saliente del pasado para que no todo fuera negativo y lo contara un día la cámara mágica de Piña-Rosales, como la llama Alister Ramírez Márquez.



Secuencia 4 - Autorretrato con bombín

Podía ser el buen vecino que viene a avisar cortésmente de un salidero de agua que le afecta, por evitar la inundación, los resbalones por el pasillo, las goteras, la llamada al contestador automático del seguro –marque uno si es sí, marque uno si es no, da igual porque hasta el año próximo no le atenderemos, aprenda a nadar o compre un bote con remos–. Podía ser la tragedia y el yo qué sé que nos hace perder la mañana por haberla pasado de puntillas. Podía ser el señor que pregunta si vive aquí tal o cual persona a la que conoció en la linde del mundo para recordarle algo que era necesario hace cincuenta



años y ya no importa. Podía ser el tío carnal que se presenta a deshoras y lo recibe el asombro familiar de no verlo ¿desde cuándo? Podía ser cualquiera, que viene a contarse a sí mismo que sigue siendo sí mismo a ver qué le parece. Podía ser, uno a uno, un infinito elenco de personajes dispuestos para una historia, siempre bella porque es lo que hay y la ventanilla de reclamaciones hace fiesta. Podía ser el que mira retador a la cámara por establecer una conexión entre el vivir y el sentido de la vida. Y podía ser el artista capaz de sugerir tanto y tanto en su fotografía de angelote con bombón sin siquiera sacar las manos de los bolsillos: Gerardo Piña-Rosales.

Secuencia 5- Mientras la vida pasa

Alguien sembró el árbol del que salió la madera para dar forma a la ventana. Alguien trabajó la materia de los hornos de la menestralía para sacar el cristal que la divide en horizontal, turbio del paso del tiempo: cuestión de pasarle un trapo húmedo o de dejarlo así, que hasta sirve de filtro a la luz intensa de mediodía. Alguien tejó la cortina que



está recogida detrás de la figura y alguien la colgó inclinada con esmero para romper la oscuridad del fondo. Alguien coció los ladrillos que lo sostienen todo y lo enmarcan para que, en el instante en el que no iba a pasar nada, el inquilino mirara hacia la calle y viera que alguien reparaba en la armonía de detalles de su casa para valorarlos en una fotografía. Ese último alguien era, es, Gerardo, capaz de captar de una imagen toda su hondura, esa que, que la mayoría de las veces, ni se aprecia.

Secuencia 6 - Luna de Albuquerque

La Luna ni se peina ni sonrío. Le da igual que la miremos o pasemos de largo. No quiere ser molestada con nuestras ansias de



poder, la lucha infinita por el plátano o las cosas con las que los terrícolas alcanzamos en cómodos plazos a la *felicidad*, en cursiva y con un móvil de regalo. Vestida de roca pura, luce un cartel invisible de ‘agotadas las bebidas’: en referencia al agua, no sea que el señuelo justifique una invasión. Es atractiva porque no lo es. La amamos porque es celosa de su misterio. Es el sueño de todo lunático que se precie hacer versos cuando la ve plena, deprimirse si mengua, ascender de cargo en cuarto creciente y saber que está cuando se esconde. La Luna de Albuquerque es la Luna de la aldea de Castañuelo. Está donde estemos y cabría preguntarle cómo nos ve desde su percha en el Universo. Cierto que sus respuestas mudas a ninguna pregunta nos condicionan: mareas, nacimientos, aullidos; pero ella parece aplicar el refrán distanciador: ‘¿Amigos? Amigos. Pero el burro por la linde’. Sabe de ti y de mí, sin nombres. Nosotros sabemos de ella que es la Luna. ‘Algo es algo’, dijo el burro que comía la alpargata. Cuatro letras abarcan el misterio, no como escenario de nuestras fantasías, que siempre andamos con el ‘yo, yo y mi yo a cuestras’, sino como fantasía de nuestros escenarios.

Secuencia 7 - Llueve

Si llueve, de poco vale lavar la camisa, dice quien corre al ver que arrecia. Un ayudante de Noé asomó un dedo en pleno diluvio y dijo más o menos lo mismo: ‘Si sigue así, tendremos lluvia’. Llueve sobre la soledad, la verdad, la mentira; lluvia del alma es el llanto. A veces las nubes preñadas pasan para romper aguas más allá, incluso mar adentro, que la lluvia lo hace crecer. La persona de la imagen ha leído la intención de la lluvia al medir lo que ha tardado el trueno tras el relámpago, previendo que, de un menudeo de tres gotas, pueda llegar al vaciado de tres mares, porque la tarde no se serena; el viento solano la caldea, el ábrego la enfría y esto anuncia abundancia de agua en ríos y pilones, en los que habrá que ahuyentar a las avispas con albahaca, menta o laurel. Que llueva, que el campo verdee y se empape la vida, que las nubes abran compuertas y suelten lo que les sobra. De llover fuerte se mojará la bella imagen captada por Gerardo Piña-Rosales y pasará lo que dicen los versos de José Manuel de Lara:

Está lloviendo. Lluve
interminablemente, desde el alba.
No se ve el cielo
ni se ve la tierra.
Solamente el agua.
Silencio.
¿Qué decir
sin que no se me mojen las palabras?





Fandango defiende su morada (La Línea, Andalucía, 2007)
© Gerardo Piña-Rosales